

política&prosa

NÚM. 57-58

SOCIEDAD

Juntos pero solos. Soledad sin distancia en el mundo digital

La virtualización que sufrimos en nuestro mundo de imágenes y pantallas nos garantiza una compañía ficticia



Un hombre teletrabajando y su hijo mirando la televisión, en abril del 2020 en Torokbalint, Hungría. Foto de Zoltan Balogh. Efe.



Antonio Gutiérrez Pozo

30 JUNIO 2023

No concebimos la vida sin imágenes y pantallas, mediadores de todas nuestras actividades. El agujero negro de las pantallas nos engulle mientras nos volvemos de espaldas a la realidad, que cada vez nos es más ajena. El deseo de pantalla e imagen nos define. Nuestra existencia casi se reduce a nuestra vida en las pantallas. Transformamos en imagen todo lo vivido. Este imperio de las imágenes nos ha virtualizado a nosotros y al mundo. Baudrillard anuncia que hoy nada tiene sentido sin el perpetuo vídeo en que hemos convertido el mundo. Vivir algo es representarlo en el móvil.

En la cultura clásica, la imagen transfiguraba la terrible realidad en algo agradable al representarla. Era consuelo y refugio. Ahora, quebrada la brecha tradicional entre realidad e imagen, la representación sustituye a lo real. En *Life on the screen*, Turkle expone que hoy las representaciones existen sin necesidad de la cosa real supuestamente representada. La imagen se ha liberado de su antigua atadura a la realidad que reproducía. Las imágenes ya no representan el mundo. Se han vuelto autónomas e independientes. Parafraseando a Derrida, hoy no hay nada fuera de las imágenes. La realidad se ha disuelto en imagen. La imagen de la realidad, el simulacro, es la nueva realidad.

La virtualización es el método actual de dominio. Una realidad convertida en imagen es un objeto fácilmente manipulable. La videosfera en que vivimos es un sistema de control, una videocracia. La red massmediática configura

nuestros pensamientos, creencias y sueños. Modela lo que somos. Este dominio massmediático es un instrumento más del actual «capitalismo de la vigilancia» que explica Zuboff. Las huellas que deja nuestra vida digital son datos que permiten predecir mediante algoritmos lo que creemos hacer y pensar libremente. Las *Big Tech* saben más de nosotros que nosotros mismos, lo que nos convierte en objetos de dominio y manipulación. El mundo digitalizado nos amenaza con el peligro totalitario de una vigilancia universal.

Ciberdemocracia vigilante

Más que favorecer la libertad, el móvil es una herramienta al servicio de la voluntad de poder massmediática y digitalizada. Lo más exasperante es que el dominio no moleste. Esta es la clave de su poder. Nos gusta que la red se anticipe a nuestros deseos y guíe nuestra voluntad. El dominio está asegurado si el mismo sujeto —porque prefiere la seguridad a la libertad— se siente feliz de ser transparente. Lipovetsky subraya en *La pantalla global* que estamos en la «democracia de la seguridad» y que la «democracia de la liberación» es cosa del pasado. Esta ciber democracia vigilante niega la democracia. En *La ilusión vital*, Baudrillard invierte el sentido de aquellos versos en que Hölderlin poetizaba que «donde está el peligro, allí crece lo que salva» para advertirnos que cuanto más crezca nuestra seguridad y aparente salvación, más grande será el peligro de deshumanización que nos avizora. Nuestra voluntad de dominio y seguridad obstaculiza lo que más nos define como

humanos, confrontarnos conscientemente con incertidumbres y oscuridades.

Baudrillard nos advierte de que cuanto más crezca nuestra seguridad y aparente salvación, mayor será el peligro de deshumanización que nos acecha.

El mundo actual de imágenes es un mundo de distancias virtuales. Las distancias reales espaciotemporales disminuyen. Cada vez el mundo parece más pequeño, como si no hubiera distancias. Pero esta anulación de las distancias físicas no implica cercanía. La contracción de las distancias materiales coincide con el florecimiento de la distancia de la virtualidad. El mundo virtual digitalizado nos acerca las imágenes de las cosas, no las cosas. El coste que pagamos por el supuesto acercamiento de las cosas es su virtualización, su desrealización. Al virtualizar las cosas reales, establecemos una insalvable distancia con ellas. La eliminación de la distancia parece ofrecernos lo real inmediatamente, pero lo que nos da es la realidad desrealizada, su imagen. Parece que está todo cerca, pero está verdaderamente tan lejos que no está. Reducida a virtualidad, la realidad está sin estar. Hemos abolido las distancias al precio de perdernos las experiencias reales de las cosas. Creíamos que suprimiendo las distancias se nos aproximarían las cosas. Ni lejos ni cerca, las cosas se han vuelto espectros.

Sin extrañeza no hay experiencia

Nuestro universo digital nos invita a confinarnos en casa y a cancelar la relación material con el mundo y los otros, reemplazados por sus apariencias virtuales. Todo lo hacemos a distancia. No vivimos, televivimos. Iniciamos la época de la vida a distancia. El que persevera en la relación física es castigado. Nos cobran comisión por sacar dinero en la ventanilla del banco. La turistificación de lo real prueba el imperio actual de la virtualidad. El turista busca lo extraño, pero queda satisfecho con la apariencia de extrañeza que le proporciona el turismo. El sujeto turístico ama lo virtual, le place el vínculo con lo otro a distancia. El turismo es una forma de «espectacularización» o desrealización de la realidad. Al desrealizarla y distanciarla la convertimos en espectáculo.

Ahora bien, sin extrañeza no hay experiencia. La realidad de lo real, su extrañeza, se evapora una vez virtualizada. Experimentar algo virtualmente, a distancia, verdaderamente no es experimentarlo. Cada vez vivimos más aquella «pobreza de experiencia» que caracterizaba nuestro tiempo según Benjamin. En el mundo virtual digitalizado, creemos tener muchas experiencias, pero solo son experiencias a distancia, sin carne, ficciones. La inquietante seducción que ejerce la virtualidad sobre nosotros se debe a que nos hace creer que experimentamos cosas que, en verdad, solo vivimos a distancia, virtualmente, sin los pesares –y los gozos– que nos ofrece la realidad. La virtualidad es tan persuasiva porque nos hace creer que nos da más de lo que pensamos. Pero lo siniestro es que amemos

más lo virtual que lo real, porque cada vez nos importe menos el placer que obtenemos de la materia del mundo.

El que persevera en la relación física es castigado. Nos cobran comisión por sacar dinero en la ventanilla del banco.

Vivimos a distancia. Una existencia así supone aislamiento, soledad y conexión. La utopía digital es vivir confinados y aislados, pero conectados. Conectarse es la forma actual – virtual– de relacionarse. Ya no nos relacionamos; nos conectamos. Deseamos conectarnos igual que deseamos imágenes. La ontología de la virtualidad encierra una ontología de la conectividad. Esta nueva relación digital y virtual con los otros es una falsificación de relación. Hoy ser es conectarse. Estar conectado no es algo que hacemos, es algo que somos. No es que nos conectemos, es que solo somos nuestro estar conectados. Desconectados no somos.

Vivir hoy consiste en estar pegado a la pantalla y conectado a la red. Lo perturbador no es que no seamos lo que parecemos ser, nuestro yo conectado, sino que solo seamos eso porque carecemos de intimidad. «Actúa de manera que estés conectado», reza el imperativo de la ética digital de nuestra época según Baudrillard. Vivimos conectados virtualmente, pero desconectados del mundo real.

Exhibir; no pensar

No nos conectamos para transmitir nuestras experiencias y sensaciones; nos conectamos para tenerlas. Estar conectado supone vivir en relación con otros también conectados. «Estoy conectado con otros, entonces existo» ha sustituido a «pienso, luego existo». No tenemos suficiente con vivir, tenemos que compartir –exhibir– nuestra vida con otros virtuales. Compartir, exhibir –no pensar– es el nuevo criterio de existencia. El yo autorreflexivo e interiorizado ha dado paso al yo compartido, exteriorizado y descentrado, casi un yo *desyoizado*, precisa Sartori en *Homo videns*. No hemos dejado atrás el solipsismo cartesiano en pos del pluralismo dialógico, pues no hay verdadero diálogo donde los interlocutores se reducen a pura virtualidad, a su «estar conectado».

Conectarse es la versión virtual del charlar. En vez de hablar con otros, intercambiamos mensajes digitales. La comunicación electrónica reemplaza a la conversación real. Pero esta comunicación virtual y distante es una ficción del escuchar y hablar. Difícilmente podrán conocerse así los interlocutores. Lo más desconcertante es que tal vez nada haya ya que conocer, ya que en el universo digital nos hemos convertido en mera apariencia, en virtualidad.

Estar conectados, vivir volcados hacia fuera previo vaciamiento de nuestra interioridad, nos hace vulnerables al dominio. Las relaciones virtuales nos dan sensación de poder porque podemos controlarlas fácilmente. Las conexiones virtuales son livianas: desconectamos al otro cuando queremos. Esta ingravidez de la vida virtual, junto a la soledad que la caracteriza, propicia su dominio por el poder. La virtualidad, ligereza y aislamiento que definen nuestra existencia actual facilitan su control. Poner a

distancia un objeto posibilita su dominio y su destrucción. No hay mayor distancia que la que establece la virtualización.

En la actualidad, la auténtica revolución por la libertad es desconectarnos y volvernos hacia nuestra intimidad. Estar conectado nos habitúa a disponer de todo inmediatamente, lo que nos enemista contra el tiempo y su esperar. El nuevo mundo digital simpatiza con la atemporalidad, margina todo lo que exige duración, concentración y desconexión, como escribir, pensar, leer, estudiar o rezar. Todo lo que exige tiempo, maduración y espera queda relegado en pos de la inmediatez.

No nos conectamos para transmitir nuestras experiencias y sensaciones; nos conectamos para tenerlas.

Aislamiento conectado

Nos da miedo estar solos. No queremos estar solos, pero tampoco deseamos verdadera compañía. Queremos estar con los otros y solos. En *Esferas III*, Sloterdijk descubre que, para lograrlo, el mundo digital virtual nos propone el aislamiento conectado. La realidad de los otros nos molesta. Los preferimos a distancia y virtualizados, convertidos en imágenes. Suplimos los vínculos reales por otros virtuales, desrealizados. La relación real sexual es sustituida por su

versión virtual, el porno. Los otros nos gustan, pero no demasiado cerca. En el universo virtual, estamos solos sin distanciarnos de las otras soledades. La «soledad conectada» es la alternativa digital a la soledad real. Una soledad sin distancia. El existir digital busca las relaciones virtuales, distanciadas. Queremos estar en contacto, pero en soledad. Que el otro esté cerca, pero distante. En el mundo de las soledades conectadas disfrutamos de una compañía ilusoria que nos protege del miedo a la soledad. Nos proporciona apariencia de cercanía, una «cercanía distante», la cercanía mediada por la distancia propia del estar conectado.

En la actualidad, la auténtica revolución por la libertad es desconectarnos y volvernos hacia nuestra intimidad.

Una multitud solitaria

La cercanía virtual no da auténtica compañía. Nos deja solos. Los otros virtuales conectados están tan cerca como lejos. El universo de las conexiones virtuales crea, según Sartori, una «multitud solitaria». El pantallismo es la causa de que hoy estemos juntos y separados. Cada uno en su pantalla, conectado con los otros. Parece que estamos juntos, pero ni siquiera estamos. Turkle sugiere que vivimos *alone together*. El mundo virtual nos hace creer que no necesitamos estar juntos para estar cerca, que la distancia no impide la cercanía. Nos hace creer que podemos relacionarnos

estando interconectados, no directamente, y que esto no significa que realmente estamos solos. Sin embargo, a más conexión virtual, más desconexión real.

Estamos conectados, pero no formamos una verdadera comunidad. El pantallismo ha convertido la distancia en el nuevo vínculo social. Nos juntamos distanciándonos. Lo que hoy une es la distancia. El mundo virtual está poblado de soledades conectadas. Una comunidad así solo es apariencia de comunidad. La formidable hiperconexión actual no evita que sigamos solos. &

Antonio Gutiérrez Pozo

Es catedrático de Estética. Universidad de Sevilla.

Junts però sols. Solitud sense distància en el món digital

La virtualització que patim en el nostre món d'imatges i pantalles ens garanteix una companyia fictícia

No concebem la vida sense imatges i pantalles, mediadores de totes les nostres activitats. El forat negre de les pantalles ens engoleix mentre girem l'esquena a la realitat, que cada vegada ens és més aliena. El desig de pantalla i imatge ens defineix. La nostra existència gairebé es redueix a la nostra vida en les pantalles. Transformem en imatge tot el que vivim. Aquest imperi de les imatges ens ha virtualitzat a nosaltres i el món. Baudrillard anuncia que avui res no té sentit sense el vídeo perpetu en què hem convertit el món. Viure alguna cosa és representar-la en el mòbil.

En la cultura clàssica, la imatge transfigurava la terrible realitat en agradable a l'hora de representar-la. Era consol i refugi. Ara, trencada la bretxa tradicional entre realitat i imatge, la representació substitueix el que és real. A *Life on the screen*, Turkle exposa que avui les representacions existeixen sense necessitat de la cosa real suposadament representada. La imatge s'ha alliberat del seu antic lligam amb la realitat que reproduïa. Les imatges ja no representen el món. S'han tornat autònomes i independents. Parafraçant Derrida, avui no hi ha res fora de les imatges. La realitat s'ha dissolt en imatge. La imatge de la realitat, el simulacre, és la nova realitat.

La virtualització és el mètode actual de domini. Una realitat convertida en imatge és un objecte fàcilment manipulable. La videoesfera en què vivim és un sistema de control, una videocràcia. La xarxa massmediàtica configura els nostres pensaments, les nostres creences i els nostres somnis. Modela el que som. Aquest domini massmediàtic és un instrument més de l'actual «capitalisme de la vigilància» que explica Zuboff. Les empremtes que deixa la nostra vida digital són dades que permeten predir mitjançant algorismes el que creiem que fem i pensem lliurement. Les *Big Tech* saben més de nosaltres que nosaltres mateixos, la qual cosa ens converteix en objectes de domini i manipulació. El món digitalitzat ens amenaça amb el perill totalitari d'una vigilància universal.

Ciberdemocràcia vigilant

Més que afavorir la llibertat, el mòbil és una eina al servei de la voluntat de poder massmediàtica i digitalitzada. El més exasperant és que el domini no molesti. Aquesta és la clau del seu poder. Ens agrada que la xarxa s'anticipi als nostres desitjos i guiï la nostra voluntat. El domini està assegurat si el mateix subjecte —perquè prefereix la seguretat a la llibertat— se sent feliç de ser transparent. Lipovetsky subratlla a *La pantalla global* que ens trobem en la «democràcia de la seguretat» i que la «democràcia de l'alliberament» és cosa del passat. Aquesta ciberdemocràcia vigilant nega la democràcia. A *La ilusión vital*, Baudrillard inverteix el sentit d'aquells versos en què Hölderlin poetizava que «on hi ha el perill, allí creix el que salva» per advertir-nos que com més creixi la nostra seguretat i aparent

salvació, més gran serà el perill de deshumanització que ens sotja. La nostra voluntat de domini i seguretat obstaculitza el que més ens defineix com a humans, confrontar-nos conscientment amb incerteses i foscos.

Baudrillard ens adverteix que com més creixi la nostra seguretat i salvació aparent, més gran serà el perill de deshumanització que ens sotja.

El món actual d'imatges és un món de distàncies virtuals. Les distàncies reals espaciotemporals disminueixen. Cada vegada el món sembla més petit, com si no hi hagués distàncies. Però aquesta anul·lació de les distàncies físiques no implica proximitat. La contracció de les distàncies materials coincideix amb l'augment de la distància de la virtualitat. El món virtual digitalitzat ens acostava les imatges de les coses, no les coses. El cost que paguem pel suposat acostament de les coses és la seva virtualització, la seva desrealització. En virtualitzar les coses reals, hi establím una distància insalvable. L'eliminació de la distància sembla oferir-nos el que és real immediatament, però el que ens dona és la realitat desrealitzada, la seva imatge. Sembla que tot és a prop, però és veritablement tan lluny que no és. Reduïda a virtualitat, la realitat és sense ser. Hem abolit les distàncies al preu de perdre'ns les experiències reals de les coses. Crèiem que suprimint les distàncies les coses se'ns aproximarien. Ni lluny ni a prop, les coses s'han tornat espectres.

Sense estranyesa no hi ha experiència

El nostre univers digital ens convida a confinar-nos a casa i a cancel·lar la relació material amb el món i amb els altres, reemplaçats per les seves aparences virtuals. Tot ho fem a distància. No vivim, televivim. Iniciem l'època de la vida a distància. El que persevera en la relació física és castigat. Ens cobren comissió per treure diners a la finestreta del banc. La turistificació del que és real demostra l'imperi actual de la virtualitat. El turista busca el que és estrany, però queda satisfet amb l'aparença d'estranyesa que li proporciona el turisme. El subjecte turístic estima el que és virtual, li plau el vincle amb l'altre a distància. El turisme és una forma d'«espectacularització» o desrealització de la realitat. En desrealitzar-la i distanciar-la la convertim en espectacle.

Ara bé, sense estranyesa no hi ha experiència. La realitat del que és real, la seva estranyesa, s'evapora un cop virtualitzada. Experimentar alguna cosa virtualment, a distància, no és experimentar-la veritablement. Cada vegada vivim més aquella «pobresa d'experiència» que caracteritzava el nostre temps segons Benjamin. En el món virtual digitalitzat, creiem que tenim moltes experiències, però només són experiències a distància, sense carn, ficcions. La seducció inquietant que exerceix la virtualitat sobre nosaltres es deu al fet que ens fa creure que experimentem coses que, en veritat, només vivim a distància, virtualment, sense les penes —i les alegries— que ens ofereix la realitat. La virtualitat és tan persuasiva perquè ens fa creure que ens dona més del que pensem. Però el que és sinistre és que estimem més el que és virtual que el que és real, perquè cada vegada ens importa menys el plaer que obtenim de la matèria del món.

El que persevera en la relació física és castigat. Ens cobren comissió per treure diners a la finestreta del banc.

Vivim a distància. Una existència així suposa aïllament, solitud i connexió. La utopia digital és viure confinats i aïllats, però connectats. Connectar-se és la forma actual –virtual– de relacionar-se. Ja no ens relacionem; ens connectem. Desitgem connectar-nos igual que desitgem imatges. L'ontologia de la virtualitat tanca una ontologia de la connectivitat. Aquesta nova relació digital i virtual amb els altres és una falsificació de relació. Avui ser és connectar-se. Estar connectat no és allò que fem, és allò que som. No és que ens connectem, és que només som si estem connectats. Desconnectats no som.

Viure avui consisteix a estar enganxat a la pantalla i connectat a la xarxa. El que pertorba no és que no siguem el que semblen ser, el nostre jo connectat, sinó que només siguem això perquè no tenim intimitat. «Actua de manera que estiguis connectat», afirma l'imperatiu de l'ètica digital de la nostra època segons Baudrillard. Vivim connectats virtualment, però desconnectats del món real.

Exhibir; no pensar

No ens connectem per transmetre les nostres experiències i sensacions; ens connectem per tenir-les. Estar connectat implica viure en relació amb altres també connectats. «Estar connectat amb altres, llavors existeixo» ha substituït «penso, llavors existeixo». No en tenim prou amb viure, hem de

compartir—exhibir— la nostra vida amb altres virtuals. Compartir, exhibir —no pensar— és el nou criteri d'existència. El jo autoreflexiu i interioritzat ha donat pas al jo compartit, exterioritzat i descentrat, gairebé un jo *desjoitzat*, assenyala Sartori a *Homo videns*. No hem deixat enrere el solipsisme cartesà a l'encalç del pluralisme dialògic, perquè no hi ha veritable diàleg on els interlocutors es redueixen a pura virtualitat, al seu «estar connectat».

Connectar-se és la versió virtual de xerrar. En comptes de parlar amb altres persones, intercanviem missatges digitals. La comunicació electrònica reemplaça la conversa real. Però aquesta comunicació virtual i distant és una ficció de l'escoltar i el parlar. Difícilment es podran conèixer així els interlocutors. El més desconcertant és que potser ja no hi ha res per conèixer, ja que en l'univers digital ens hem convertit en mera aparença, en virtualitat.

Estar connectats, viure bolcats cap a fora després d'haver buidat la nostra interioritat, ens fa vulnerables al domini. Les relacions virtuals ens donen la sensació de poder perquè podem controlar-les fàcilment. Les connexions virtuals són lleugeres: desconnectem l'altre quan volem. Aquesta ingravitació de la vida virtual, al costat de la solitud que la caracteritza, propícia el seu domini pel poder. La virtualitat, la lleugeresa i l'aïllament que defineixen la nostra existència actual en faciliten el control. Posar a distància un objecte possibilita el seu domini i la seva destrucció. No hi ha distància més gran que la que estableix la virtualització.

En l'actualitat, l'autèntica revolució per la llibertat és desconnectar-nos i tornar a la nostra intimitat. Estar connectats ens habitua a disposar de tot immediatament, la

qual cosa ens enemista contra el temps i el seu esperar. El nou món digital simpatitza amb l'atemporalitat, margina tot el que exigeix durada, concentració i desconexió, com escriure, pensar, llegir, estudiar o resar. Tot el que exigeix temps, maduració i espera queda relegat darrere de la immediatesa.

No ens connectem per transmetre les nostres experiències i sensacions; ens connectem per tenir-les.

Aïllament connectat

Ens fa por estar sols. No volem estar sols, però tampoc desitgem veritable companyia. Volem estar amb els altres i sols. A *Esferas III*, Sloterdijk descobreix que, per aconseguir-ho, el món digital virtual ens proposa l'aïllament connectat. La realitat dels altres ens molesta. Els preferim a distància i virtualitzats, convertits en imatges. Suplim els vincles reals per altres de virtuals, desrealitzats. La relació real sexual és substituïda per la seva versió virtual, el porno. Els altres ens agraden, però no gaire a prop. En l'univers virtual, estem sols sense distanciar-nos de les altres solituds. La «solitud connectada» és l'alternativa digital a la solitud real. Una solitud sense distància. L'existir digital cerca les relacions virtuals, distanciades. Volem estar en contacte, però en solitud. Que l'altre estigui a prop, però distant. En el món de les solituds connectades gaudim d'una companyia il·lusòria que ens protegeix de la por a la soledat. Ens proporciona aparença de proximitat, una «proximitat distant», la proximitat mitjançada per la distància pròpia de l'estar connectat.

En l'actualitat, l'autèntica revolució per la llibertat és desconnectar-nos i tornar a la nostra intimitat.

Una multitud solitària

La proximitat virtual no fa autèntica companyia. Ens deixa sols. Els altres virtuals connectats estan tant a prop com lluny. L'univers de les connexions virtuals crea, segons Sartori, una «multitud solitària». El pantallisme és la causa que avui estiguem junts i separats. Cadascú a la seva pantalla, connectat amb els altres. Sembla que estem junts, però ni tan sols estem. Turkle suggereix que vivim *alone together*. El món virtual ens fa creure que no necessitem estar junts per estar a prop, que la distància no impedeix la proximitat. Ens fa creure que podem relacionar-nos estant interconnectats, no directament, i que això no significa que realment estiguem sols. No obstant això, com més connexió virtual, més desconnexió real.

Estem connectats, però no formem una veritable comunitat. El pantallisme ha convertit la distància en el nou vincle social. Ens ajuntem distanciant-nos. El que avui uneix és la distància. El món virtual està poblat de solituds connectades. Una comunitat així només és aparença de comunitat. La formidable hiperconnexió actual no evita que continuem estant sols. &

Antonio Gutiérrez Pozo

És catedràtic d'Estètica. Universitat de Sevilla.